

## LAS DOS MITADES DEL CIELO BAJO EL MISMO TECHO

LILY G. DE ANG

*Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco*

A fines de 1971, un grupo de francesas de diversas edades y ocupaciones, pero “todas militantes por la liberación de las mujeres”, inició un viaje por territorios chinos con el objetivo de palpar con tacto feminista la experiencia revolucionaria. Cuatro años más tarde se publicaba en Francia *La mitad del cielo*, título que claramente aludía a la máxima maoísta: “Las mujeres llevan sobre sus espaldas la mitad del cielo y deben conquistarlo.” En el libro producto de aquel recorrido, Claudie Broyelle, no sin vacilaciones, escribía:

A riesgo de confirmar los temores de los periodistas, evidentes en las narraciones acerca de “la China de pesadilla”, es necesario reconocer que en China la familia está destruida, si por “familia” se entiende la sumisión de la mujer al marido, la reclusión en el hogar, la autoridad absoluta de los padres sobre los hijos.<sup>1</sup>

En pleno decenio de los setenta, en la época de luchas de liberación y dignificación de los marginados y marginadas, de reivindicación de las minorías, estas mujeres proclamaban y ponían como ejemplo las profundas transformaciones en el seno de la vieja sociedad china, cambios que eran evidentes en la mujer, y con ella, en la vida doméstica en general. China, ese multitudinario universo de seres humanos, había tenido sus propios movimientos de minorías, estudiantiles o no, y había acuñado sentencias originales que servían igual que la francofónica de “Prohibido prohibir”: lo increíble

<sup>1</sup> Claudie Broyelle, *La mitad del cielo, el movimiento de liberación de las mujeres en China*, México, Siglo XXI, 1987, p. 187.

había sucedido y las rígidas estructuras hegemónicas, que anteriormente habían podido sobrevivir a centenares de generaciones y muchos desafíos, habían sido derribadas. Sin duda, el cambio había empezado en la familia, el primigenio núcleo social de todo ser humano.

En rigor, a lo largo del siglo XX, la institución familiar, fundamento estabilizador del ser humano y de la sociedad, ha estado en crisis intermitente. Las nociones tradicionales de “puerto seguro”, “refugio del individuo”, “célula social”, que con variantes acordes al tipo de sociedades y de cultura que sustentaban a la familia, han sido desafiadas, tanto por los movimientos socioeconómicos como por las creencias y las necesidades personales o, por decirlo técnicamente, en los niveles macro y micro. La estructura social y la psique individual han resentido los cambios impuestos a la tan anhelada y casi mítica armonía familiar, y ello se debe a numerosos factores. El advenimiento del socialismo, los movimientos de liberación femenina, el individualismo de la cultura de la modernidad, postulados psicoanalíticos como el de “infancia es destino”, vinieron a poner en jaque la supervivencia de la familia del patriarca en todas las civilizaciones. Por lo mismo, 1994 ha sido declarado por la Organización de las Naciones Unidas “El año de la familia”. El mundo entero sentía ya que era necesaria una invitación a observar, analizar, reflexionar —y tratar de perfeccionar— sobre el seno que, luego del materno, constituye el más cercano al individuo y refleja y alimenta, a la manera de vasos comunicantes, el desarrollo de las personas y de las naciones.

Flora Botton Beja y Romer Cornejo Bustamante atendieron puntualmente esa invitación con una investigación cuidadosa acerca de la destrucción que Broyelle señalara casi dos decenios antes. Se trata de *Bajo un mismo techo; la familia tradicional en China y su crisis*, libro del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México (México, 1993, 234 pp.).

La obra comienza con una exposición general de las características de la familia en la sociedad china, específicamente en la llamada “China tradicional”, ésa que el resto

del mundo imaginó y conoció durante milenios y que es un concepto que abarca desde las arcaicas instrucciones confucianas hasta la desintegración del orden imperial en nuestro siglo. La estructura familiar china ha atraído siempre la atención de los ojos occidentales sobre esa urdimbre tan compleja de vínculos de linajes, edades, oficios, géneros y demás. De manera que el estudio, si bien parte de una visión histórica, comunitaria, no deja de mencionar las cuestiones relativas a cada uno de los miembros del hogar. Así, Botton y Cornejo explican el sistema de parentesco, el culto a los antepasados, las relaciones intrafamiliares y muchos otros rasgos distintivos de la familia china, pero a la vez con características compartidas por otras organizaciones patriarcales.

Como toda investigación seria, la exposición va acompañada de la crítica. Así, al mismo tiempo que ponderan los elementos del sistema familiar chino que perduró milenariamente y que contribuyó a la estabilidad social, a la continuidad histórica y a la seguridad individual, los autores advierten: “debido a esas mismas características, fue un instrumento de opresión, una escuela de conformismo y núcleo de conflictos con la iniciativa personal, un centro de tensiones” (p. 17). Quizás por tal perspectiva crítica, el libro puede resultar atractivo a todos aquellos que se interesen en resolver —acaso lo que se necesite sea un poco de aceptación y mucha resignación— la problemática familiar en cualquier comunidad, no exclusivamente en China. El lector encontrará, como en un espejo, reflexiones y sugerencias que tal vez pueden serle de utilidad en la aventura del conocimiento, e incluso en la de la vida cotidiana.

El título, nada casual, sitúa al lector en el vórtice de las relaciones que debían establecer los miembros de una casa, con jerarquías, papeles y funciones orgánicas, casi siempre asignadas y vigiladas por otros. En efecto, el conjunto de la obra incluye menciones a la desventajosa situación de los miembros de la familia que por su edad, género o linaje —factores todos que los antropólogos llamarían accidentes de la naturaleza— ocupaban los lugares más bajos de la escala familiar. Por supuesto, los autores aluden una y otra vez a la penosa

condición de las nueras y de los menores de edad, frente al poderío del esposo, del padre, de la suegra y del suegro.

*Bajo un mismo techo* bien podría ser considerado el estudio referencial, el registro de lo "real-real", que se expresa figurativamente en "La casa de los Liu",<sup>2</sup> esa recreación literaria de la "armonía familiar" que Lao She inmortalizó. Leer esta investigación confiere sentido al imaginario relato del narrador, cuando nos comenta el suicidio de la joven nuera de los Wang:

Las cosas fueron así: en primer lugar, el viejo Wang es un desgraciado. (¿No dije que es un parlanchín?) Sí, imita en todo a los "cultos". Desde que consiguió una nuera, ¡bueno!, no sabía como lucirse. De la mañana a la noche le andaba buscando defectos, dándose importancia [...] Se levantaba temprano y hacía levantarse también a su joven nuera; en realidad, ¿qué había que hacer? Nada, pero él quería establecer la costumbre, ¡pretencioso! Si ella se levantaba un poquito más tarde, ¡oigan, qué golpes le daba! [...] Sufro por ella y por las jóvenes como ella, solteras o casadas. [...] [Lao She, p. 37].

En su libro, los autores, al referirse al papel de las nueras que, como en algunas otras culturas, abandonaban la casa paterna para convivir con la familia política —la cual, al haber gastado mucho en la ceremonia matrimonial, esperaba ser recompensada con creces—, aseguran:

... la recién casada debía enfrentarse a los gustos de un esposo desconocido y a las exigencias de una suegra generalmente en actitud de revancha. Las presiones para tener un hijo varón eran muchas, y si lo lograba, su situación podía mejorar; si no, su vida era un infierno. Los suicidios de las mujeres en China siempre superaron a los de los hombres [Botton, p. 60].

Por otro lado, tampoco escapa a los investigadores la engañosa imagen de la piedad filial, de la cual el culto a los antepasados era rasgo evidente, incluso envidiado por algunos. Pero, como afirman Botton y Cornejo,

<sup>2</sup> Lao She, *La casa de los Liu y otros cuentos (1930-1937)*, México, El Colegio de México, 1973.

...la piedad filial abarcaba mucho más en las relaciones entre los vivos [...] No hay nada que permanezca al margen del deber filial. El individuo no puede ni siquiera dar un paso sin pensar en este deber, porque cualquier daño que sufra su cuerpo es una agresión contra los padres que lo engendraron [pp. 33-35].

Y recuerdan entonces las máximas de los clásicos confucianos: “el cuerpo con sus miembros, cabello y piel es dado al hombre por su padre y su madre y de ninguna manera puede ser estropeado ni dañado. Es éste el primer principio de la piedad filial”.

Una estructura tan rígida, secular y casi esclerótica había enfrentado otros desafíos, en diversos momentos; por ejemplo, el del familismo *versus* el nacionalismo. Pero no pudo superar completamente la crisis social de fines del imperio y del periodo republicano, crisis que fue progresando a medida que avanzaba la segunda mitad del siglo XIX. Entre los diferentes detonadores del conflicto que acabaría con la última dinastía, la Qing, destaca la explosión demográfica originada en el seno familiar, enmarcada entre 1750 y 1850, centuria en la cual la población se duplicó hasta alcanzar casi los 430 millones de habitantes.

Otra vez, literatura y realidad se entremezclan. La ficción de Lao She consigna el fenómeno —que algunos reaccionarios de Occidente llamarían “el peligro amarillo”— así:

Hablando de los niños, no sabría decir cómo se llaman. Los de la vecindad son tantos que podría formar un regimiento [...] Pero es fácil distinguir niños de niñas mientras puedan andar en cueros. Caminar por el patio requiere algo de cuidado; si se va rápido, no sabe uno a quien pisa y, de todos modos, el resultado es una bronca. Los adultos atraen la injusticia atorada en las tripas [...] Mientras más pobres, más hijos. ¿Por qué no han de criar hijos los pobres? Pero con todo deberían buscar una solución. Este montón de niños encuerados, ¿qué irán a hacer en el futuro? [Lao She, p. 36].

De vuelta a lo “real-real”, *Bajo un mismo techo* documenta cómo el contacto con Occidente favoreció la entrada de ideas ajenas al confucianismo, como la democracia, el individualismo, la igualdad entre los sexos, etcétera. Así, el segundo capítulo del libro estudia la familia tradicional ante la

crisis social, la lenta agonía —de casi un siglo— del legendario último imperio y, con él, de aquella estructura de clanes enmarcada por la literatura clásica de la preceptiva confuciana: el *Li Ji*, *Yi, Li*, *Xiao Jing*, *Bobuton* y otros.

El siguiente capítulo está dedicado a exponer y analizar la actitud crítica de los intelectuales ante la familia tradicional. Como es sabido, en la sociedad china la intelectualidad constituía y aún sigue constituyendo una clase social muy bien diferenciada, con un poder social reconocido; la influencia de tal conciencia de clase persiste incluso actualmente. A esta influencia Lao She se refiere como a la de “los cultos”. Era de suponerse que la clase intelectual, una vez reabierto el intercambio comercial y cultural con Occidente, se preocuparía de los inamovibles valores familiares y sus perniciosos efectos sobre el individuo. Así, contribuían a la inminente destrucción novelas como *Sueño en el pabellón rojo* o *Flores en el espejo*, de los siglos XVIII y XIX, respectivamente. En realidad, escritos como éstos contribuían, mediante la ficción, a la crítica social.

Con todo, la primera mitad del siglo XX es la época del verdadero batallar contra los aspectos mutilantes de la concepción familiar china. Ya antes se había denunciado el vendaje tradicional de los pies que, disfrazado de motivaciones estéticas, en realidad impedía a la mujer desplazarse del hogar; o la inaccesibilidad de la educación, a la cual se condenaba a ciertos miembros de la familia. Sin embargo, la participación japonesa, inglesa y francesa y otras influencias extranjeras —cuyas motivaciones no interesa deslindar aquí— empezaron a ponderar los beneficios de la educación femenina y de la planeación familiar. Inaugurado el proceso transformador del pensamiento, el siguiente paso sería el de los cambios políticos, asunto que Botton y Cornejo abordan en el cuarto capítulo.

Precisamente tocó al Guomindang encauzar el proceso familiar, que había dejado de ser una actitud personal para convertirse en problema social. Entre 1924 y 1926, se promulgaron numerosos reglamentos que, en lo fundamental, apoyaban el cambio en las familias: la igualdad de derechos de todos los individuos; la libertad en el matrimonio; la

prohibición de la esclavitud femenina, para mujeres y niñas; la denuncia del vendaje en los pies, etcétera. El retroceso del Guomindang en 1927 solamente retardó un poco lo que parecía incontenible; algo que, desde tiempo atrás, preocupaba a Mao y a los ideólogos comunistas: en 1930, los divorcios, que antes eran remotos, se convirtieron en realidad, y con ellos el núcleo del patriarca chino se vino abajo; paulatinamente, a veces; otras, de golpe y porrazo. En realidad, la omnipresencia de los progenitores fue convirtiéndose en ausencia.

La posibilidad del divorcio favoreció muchísimas otras transformaciones. No sólo se liberaba a la mujer de un casamiento forzado, y auténtico yugo tiránico, sino que ahora los hijos podían elegir libremente, sin el obligado concurso de los progenitores, a la esposa, y viceversa; las viudas podían optar por regresar con su familia o volverse a casar, etcétera. Por fin, *el mismo techo* se abría y se vislumbraba la posibilidad de que se convirtiera en varios techos; de que se uniera o desuniera con otros; incluso, tal vez, ¿por qué no?, de que se optara por vivir sin techo, en el aislamiento. El proceso no fue tranquilo ni unidireccional, pero sí revolucionario y por lo mismo, profundamente transformador.

El periodo investigado en *Bajo un mismo techo* llega hasta 1949, lo que equivale a abarcar el agitado temporal de levantamientos, guerras e invasiones que preludiaron el advenimiento de la China comunista, la nueva nación, con una sociedad nueva; la que visitarían las entusiasmadas feministas decenios después y las haría exclamar:

...de esa familia en la que el marido era el amo y las esposas o concubinas las esclavas, y los hijos otros esclavos más marginados aún [...] de esa familia no queda gran cosa [...] las funciones reales o míticas de las familias estaban más que quebrantadas, incluso (felizmente) remplazadas [Broyelle, p. 187].

Botton y Cornejo tienen el compromiso de ofrecernos en un próximo libro una visión más profunda y contemporánea de los límites y alcances que para la familia china ha tenido la Revolución.

Al menos teóricamente, hasta 1949, año del triunfo del Partido Comunista, los chinos y las chinas, jóvenes o viejos, debieron soportar el ominoso peso de un único techo, que seguramente se parecía al infierno. Luego de ese año, el horizonte familiar cambió, se abrieron las ventanas de las casas, se derribaron los muros y nuevos aires despejaron la cargada atmósfera para las dos mitades del cielo; es más, se abrieron muchos nuevos cielos y el techo ya no volvió a ser el mismo para todos; al menos, no obligadamente. Botton y Cornejo han enriquecido el libro con los testimonios obtenidos personalmente de hombres y mujeres que vivieron el cambio y sintieron en carne propia los beneficios y perjuicios de la mudanza del tejado. Hace falta leer *Bajo un mismo techo*; al menos, para tratar de reparar, cambiar o adquirir uno para sí.